

LOS BARBOS

Se nos mueren sin remedio.

El Sr. Jousset de Bellesme, director del acuario del Trocadero, nos da hoy los buenos días con una noticia horrorosa : ¡ Les llegó la hora á los barbos !

Las mujeres de Abisinia pasan las noches en vela, según refiere un corresponsal del *Temps*, vestidas con sudarios y dando gritos horribles cuando muere un colérico. No se puede dormir en el pueblo.

Ni en las riberas del Sena. Los pescadores, inconsolables, lloran sobre los difuntos. ¡ Pobres barbos ! ¡ tan jóvenes y ya tan desgraciados ! En los albores de la vida, cuando prometen mucho bueno y son legítima esperanza de los gastrónomos, bajan los barbos á la tumba, prematura é inmerecida. — Como bajar, no bajan ; se dejan llevar, con el vientre al aire, por la corriente del Sena.

¿ De qué y por qué mueren ? Ya lo dice el señor Bellesme : porque les entran microbios, como si los barbos fueran personas. Es un microbio miserable y

contrahecho — algo así como un Meunier — pero más malo que la peste. En cuanto acierta á ver un barbo se va derecho á él y ¡zas! se le cuele en « *les humides régions* ». Claro que el pez se defiende, zambulléndose, pero el microbio, aunque es terrestre, se zambulle también, porque puede, como Dios, vivir en todas partes.

La *microbitis* produce en este caso una especie de viruela. Da pena de ver á los barbos con las caras afeadas por pústulas y manchas. Diríase, á primera vista, que están pasando el sarampión; pero observados de cerca y con detenimiento, luego se advierte que el microbio va de veras, y que no hay tal varicela, sino una manifestación de tumores « como los que tienen las personas atacadas por la peste ».

Para que sea completa la semejanza, no hay remedio que valga á los barbos, como no lo tienen tampoco los más de los enfermos de la especie humana. Aquellos peces están, pues, « llamados á desaparecer », pero hay muchos en el Loire y en Holanda, según leo, para suplir la falta de los del Sena. Así como, dicen algunos indianos, que « no se puede comer sin *aguacate*, afirman ciertos gostrónomos que no se puede comer sin barbos.

Y están desolados; porque ha dicho el Sr. Bellesme que hay que abstenerse de comerlos. La verdad es que va llegando la hora de la antropofagia. En cuanto asomó este año el cólera morbo, asomó también el correspondiente bando « facultativo »: ¡No comáis legumbres! ¡Cuidado con beber agua!... Una eminencia, Pasteur, aconseja que no se tome

helados... El director del acuario del Trocadero prohíbe los barbos... Dios dijo « Amaos los unos á los otros »; y el médico concluirá por decir: Comeos los unos á los otros; porque de no hacerlo así perecemos como barbos.

Ó como generales de las Repúblicas del Sur americano, cuya eterna crisis anárquica es muy comentada en París, puesto que á ninguna nación le agrada que encarcelen á su cónsul y representante, como han encarcelado en Carúpano al vicecónsul de Francia, según telegramas del *New York Herald*. Los franceses andan locos pidiendo informes á los naturales de aquellas « dilatadas » regiones; pero ellos mismos no pueden darlos, siendo así que no saben más que nosotros: que si la « autocracia » triunfará; que si están en puerta los godos; que no son godos, sino amarillos; que el partido visigodo, ó azul turquí, será quien tome « las riendas » del poder, y que llueven generales y candidatos á la presidencia de países que, por no tener ya qué comer, ni barbos del Sena.

— ¡Hace falta allí un sargento! — grita *La Liberté*.

¡Qué error! Eso es lo que sobra allí...

— La *disputa* — dicen los de la tierra — *está* entre Darío y el Chingo...

— Pero, ¿quién es el Chingo?

— ¡Un general, hombre!

En Bolivia es muy grande la excitación, porque, como dice la prensa, « Pacheco se opone á Bautista ». ¡Señores! ¡Que se derrame tanta sangre, y se arrui-

nen comarcas feracísimas, y se haga imposible la vida del hombre civilizado, todo por una *disputa* entre un Sr. Pacheco y un Sr. San Juan Bautista!

Si Colón y Vespucio resucitaran, se morían del susto.

Á no ser que se hicieran generales ó barbos en lucha con Bautista y Pacheco.

DON JOSÉ

Sin llegar á decir de las costumbres en España lo que dice el exministro Estévanez en un folleto de publicación reciente, puede y debe decirse que no hay en España costumbres periodísticas, y, si las hay, no son ciertamente las mejores.

Así como en las casas de huéspedes de Madrid no falta nunca un señor — que generalmente se llama D. José — presidente vitalicio de la mesa, con derecho á calarse el felpudo gorro mientras están descubiertos los demás comensales, fiscal de cuanto ocurre en la casa, y sin cuyo voto nadie se atreve á mover un cubierto del aparador, así en las redacciones de nuestros periódicos jamás falta el indispensable D. José, que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado — aunque en realidad no sirve de nada — y que puede decir con justicia : — ¡ *El periódico soy yo !...*

Este D. José, que, convencido de su nulidad, quiere, él solito, campar en la publicación, es el que declara á la chita callando, embozado hasta los ojos

en la prehistórica capa, la guerra del silencio, género de guerra que, por pequeño, está mandado recoger en todas partes.

Sin semejante guerra á la sordina no hubiera tenido yo que presentar en Madrid al literato y sabio español E. Zerolo, erudito de tomo y lomo, perteneciente á la Sociedad geográfica de París y á la real Sociedad belga de geografía. Es claro que conocen y estiman á Zerolo un Menéndez Pelayo y un Eduardo Benot; pero es claro también que esos y otros señores no constituyen, con todo de valer tanto, la publicidad, la *circulación* de un escritor español que vive, hace ya muchos años, en el extranjero.

¿No publica libros Zerolo? Sí los publica. ¿No los remite á las redacciones de los periódicos de Madrid? Sí los remite. Pero... *allí está D. José*, que no permite que se elogie, ni siquiera se cite, á quien vale más que él. Sólo así se explica que periódicos de gran circulación, que tocan á rebato la campana del bombo con llamar distinguidos, ilustrados y eminentes á unos Fulanos que son sencillamente unos *viveurs* literarios, no digan palabra de un Zerolo, de quien ha dicho Eliseo Reclus: « El Sr Zerolo me ha enseñado muchas cosas. » Sí que sabe muchas cosas E. Zerolo; pero... no ha sabido dar un bombo á *D. José*.

Zerolo tiene otro inconveniente; Zerolo es, como verdadero sabio, retraído y modesto. No alterna. Como no tomó ningún *cheque* de Panamá, trabaja sin tregua desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, y, después de comer, en vez de ir al

Grand Café, á chismorrear de las cosas de España, ó al *Café Madrid*, á ver alguna que otra andaluza trasnochada, Zerolo se encierra en su casita del boulevard Montparnasse, y dedica varias horas á los trabajos científicos y literarios. Es lástima. Porque sería más conocido si cultivara menos á Shakespeare y cultivara algo á *Chequespeare*; bien que no habría podido, en tal caso, hacer folletos tan notables como el titulado *La lengua, la academia y los académicos*, ni prólogos como el que ha puesto á las poesías líricas de Heredia. Este prólogo, que no se conoce en España, es un verdadero libro, lo mejor y más completo que se ha escrito acerca del poeta cubano.

Hay en París un mundo de españoles de mérito, ignorados en la patria, porque no van al Ateneo, ni comen cocido, ni se cascan liendres en la Puerta del Sol; españoles que viven, según la frase de Pasteur, en la paz de las bibliotecas y laboratorios.

Su único crimen... ya he dicho en qué consiste. No conocen á D. José, y, si le conocen, no quieren adularle.

EXPLORACIONES

Los negritos que llegaron á París en un cajón, facturados como mercancías, alcanzaron gran notoriedad; pero puede más que ellos la *señorita S'Nabou*, otra negrita de buen ver, princesa ella, que ha venido con Mr. Mizon, explorador francés.

Los periódicos están locos con esta negrita interesante. La dedican artículos de fondo, crónicas, sueltos, columnas enteras. ¡Diríase que viene de matar en duelo á Mr. Mizon!

¿Qué ha hecho, pues, esta insigne negrita para distinguirse así de las demás, oriundas de las Antillas francesas, que pasean el boulevard sin que nadie les haga caso, con los morros fruncidos, como si hubieran comido *caimito*, por el frío que experimentan en una temperatura de 28 grados sobre 0?

Lo primero que hizo *mademoiselle* fué... nacer princesa. Su papá es el rey, ó punto menos, de una ciudad que se llama Igbobé. La negrita no es Iboba,

sin embargo; quería correr una *juerga* en París y se agarró al primer viajero en aquellas « apartadas regiones ».

El cual resultó ser un Sr. Mizon, atrevido explorador y buena persona. ¿Cómo había de negar la blanca mano á la virgen nubia de trece años de edad que, según dicen los periódicos, es bonita (aunque negra) y princesa además? Aceptó, pues, el atrevido pensamiento. Un explorador inglés habría hecho valer su influencia en la corte de Igobobé para copiar del natural una escena canibalesca, ó de antropofagia. Pero el Sr. Mizon, como buen parisiense, tomó la negrita por lo serio. ¿Demoiselle y princesa, aunque bituminosa? Hay que inclinarse...

Pero la exploración no era tan fácil como parecía á primera vista. Hacia falta tramitarla, formar expediente, reunir en pleno el Consejo municipal, ante el cual comparecieron la doncella y el caballero.

— ¿Es cierto — dice el rey dirigiéndose á su hija — que quieres fugarte con este explorador?

— Sí, papá. (*Llanto.*)

— Grave caso... ¿Qué opina Mi consejo?

— Vuestra majestad puede permitirlo — observa el Consejo municipal. — Si el señor blanco resultara un Tenorio, la princesa no perdería mayor cosa. Recordad, ¡excelso soberano, que habéis consentido en vuestros dilatados dominios la práctica de la poligamia.

— ¡Visto! — exclama el rey; y hablando con monsieur Mizon: — ¿Quiere usted llevarse á la princesa?

— Si lo consiente vuestra majestad...

— Por consentido; pero á condición de que me la devuelva usted, cuando regrese, en su mismo ser y estado.

La princesa. — ¡Ay qué gusto, papá!

El rey (á sus lacayos): — ¡Negros indignos, arreglad las maletas de los regios viajeros!

No respondo, á título de cronista veraz, de que fueran precisamente esos los términos del diálogo, pero me los figuro; porque también estuve en África, aunque no exploro. De lo que sí doy fe es de que la negrita está, como dice la prensa de hoy, *en train de devenir une célébrité parisienne*. Á falta de princesas blancas, buenas son negritas.

Vestida elegantemente, con la indispensable blusa rusa que le está á maravilla — porque no tiene rival el regazo de la mujer de África — y aplaudida por inteligente, graciosa, encantadora, distinguida, etcétera, etcétera, mademoiselle « hará su camino » y el Sr. Mizon está fresco, quiero decir, que con razón afirman los periódicos que tiene *une grosse responsabilité*. Tanta; ¡tendría que ver que el caballero regresara á Igobobé con media docena de mulatitos!

En cuanto á que mademoiselle es bonita, que me perdone la crónica parisiense. Á mí me ha parecido una negrita *bembúa*, « como otras muchas que á la par se ignoran... »

* * *

Dahomey es una tumba anónima, y París ve con disgusto esa tumba. Buena parte de la prensa pro-

testa contra esa campaña; la pluma volteriana no se atreve á decir que aquellos indigenas son unos monos sin rabos, que se fueron al monte por no pagar contribución; el lápiz no dibuja fácilmente al gran Dodds, fiera la mirada, agarrando del cuello á un negrito en cueros, que es Behanzin con sombrero de jipijapa. Porque son muchos los soldados que van á Dahomey; pero son pocos los que pueden contarlos, y los hay, entre los que regresan, que se mueren aquí del susto de haber estado en aquellas tierras.

De ellas ha vuelto el general Dodds en traje de *vainqueur*; y... la república, salida de madre, se tima bonitamente con el general.

¿Por qué? Porque los pueblos, como las mujeres livianas, necesitan y piden quien les siente la mano, y si Dodds no lo hace, como no lo hizo Boulanger, será sencillamente porque no quiere.

En tiempos de revuelta española, dijo alguien á D. Nicolás Estévanez:—Hace falta aquí un dictador. ¿Quiere usted serlo?

—No; porque soy sinceramente republicano.

¿Contestaría lo mismo el general Dodds? Pienso que no; y aunque me equivocara, que sí puedo equivocarme, porque no soy León XIII, no sería menos cierto que Francia pide un Dodds con mucha necesidad, y que París, la gran *cocotte*, se peina hace tiempo para Dodds, aunque éste no llega á la talla de un Martínez Campos de Dahomey. Ese frenesí popular no prueba más que una cosa: que Francia suspira por el verdadero vencedor que la vengue de los pasados ultrajes...

No es decir que Dodds sea tonto; pero, por Dios, no es para tanto.

Está la prensa asustada con « los recuerdos de la dura campaña ».

Los cuales son, según ha dicho *Le Matin*, « unos bastones con dioses de Dahomey esculpidos artísticamente ».

Y advierte con énfasis el mismo periódico; « ... y un soldado de infantería trae entre los brazos un mono ».

No, que había de traerlo entre las narices.

Ya es labor el traer un mono de Dahomey, pero un mono no prueba la rudeza de una campaña, ó yo estoy loco.

Después de todo, los bastones y los monos podrian pasar; pero...

« ... el soldado Appercé—añade *Le Matin*,—enseñaba con el dedo (dispensando el modo de enseñar) la ciudad de Marsella á una joven negrita, regalo de nuestro aliado, el rey Toffa, al general Dodds. »

Esa, la negrita regalada de propina, esa sí que no cuela.

La cual negrita « tiene catorce años, se llamaba Vomi Tando, pero el general la bautizó con el poético nombre de Mamí. »

¿Ma... qué? ¡Me escamo! ¿Y por qué ha de ser Mamí más poético que Vomi?

Mamí, Vomi Tando, ó como quiera llamársela, « estaba (sigue *Le Matin*) en cueros, cuando iba á embarcarse; pero las religiosas le hicieron una

bata de seda azul, *flotante*, que le está muy bien. »

Sí, lo que es el azul, máxime si es flotante, se combina bien con el negro.

¡ Oh prensa parisiense ! ¡ Oh negrita desgraciada ! Ya están acabando con ella. Al verla en Marsella, preguntaron las señoras :

— ¿ Pica ?... ¿ Pica ?...

Yo no lo sé; lo que sí sé es que el general Dodds, volviendo de *allá* como un explorador, me ha quitado la ilusión. Porque ahora, siempre que tenga que hablar del general, me acordaré primero de la negrita...

* * *

Las exploraciones más ó menos pacíficas, terminan, por fuerza, con la adquisición de una negrita, obligado gaje del oficio de explorador. Cuando estuve, — no en calidad de explorador, sino á título de persona, — á ver al Sultán de Tánger (ó á que el Sultán de Tánger me viera á mí) recuerdo que me dijo aquel salvaje :

— Le regalo á usted esta negrita. ¡ Llévesela usted !

Á lo que contesté, después de examinarla al microscopio, sumamente indignado.

— ¡ Guarde usted eso, Sultán !

RESCRIPTOS

Son rescriptos de origen divino. Por el primero se hace saber al gobierno de Alsacia-Lorena, para que el gobierno entere á los vasallos, malandrines y demás follones, que se revocan las maniobras en Lorena, « porque el emperador, animado de sentimientos paternales por su pueblo, quiere evitar que afluya á un solo punto la multitud *patriótica*, con riesgo de la salud del pueblo ». La cual orden, desbrozada del estilo pérfido en que se explican los señores de origen divino, quiere decir que el emperador tiene miedo al microbio, como lo prueba el hecho de haber ordenado la desinfección de la vajilla imperial, que fué enviada, para el servicio de S. M., al Casino militar de Metz.

Segundo rescripto. En cumplimiento de órdenes terminantes del emperador — participa la *Nord-deutsche* — el gran mariscal de la corte ha dispuesto que esté en pie de día y de noche la segunda batería de artilleros de la guardia imperial, pronta á anunciar, con las salvas de ordenanza, el nacimiento del